

Sesión necrológica

en memoria del Ilmo. Sr. Dr.

D. Enrique Amat Aguirre

celebrada el 21 de Octubre de 2008

*Carlos Barcia Mariño**

Académico de Número de la R. Acad. Med. Comunitat Valenciana

Excmo. Sr. Presidente
Ilustrísimos Sres. académicos
Estimados compañeros
Querida Conchita e hijos...

Querido Enrique:

Hoy me considero un privilegiado. En primer lugar por tener el inmerecido honor de contribuir a tu elegía en este respetable foro, y, en segundo lugar, porque, sin haber hecho mérito alguno, me siento beneficiario o heredero, fuera del estricto ámbito familiar, de tu legado intelectual. Así lo sentía, cuando tu cuerpo iba camino de Castilla, tu alma a la presencia de Dios y yo contemplaba, cerca de las Facultades, la escultura en bronce del matrimonio Archer- Huntington, en la que un jinete recoge la antorcha del atleta caído, significando el relevo generacional de la ciencia y el saber.

Y creo no andar falto de razones. Tu última obra fue el discurso de mi acogida en la Real Academia y también tu última aparición en público, como me recordaba Conchita. De esos últimos días guardo recuerdos, fotos y escritos, algunos realmente valiosos, como el que me incluyeras “in pectore” en la lista de los Nervenärzts, o, como en uno de los últimos correos electrónicos que mantuvimos entrambos, en el que me solicitabas amablemente que te sustituyera en los “LXV Encuentros de Psiquiatría” sobre un tema de Neuropsicología, que se celebraban en la Sierra de Navacerrada desde hace años y a los que tú, por primera vez, ibas a faltar. ¡Cuánto te alegró que aceptaras! Allí me di cuenta de lo que te quieren tus colegas: Javier, Manolo, Aquilino, Domingo... que incluso me instaban a que te convenciera para volver. Mi último correo, contándote estas anécdotas a mi vuelta, quedó sin contestación en un mal presagio, tú que eres tan puntual a través del correo electrónico, providencial arma de la que te serviste todos estos años.

Ya cuando te escribí para embarcarte en el discurso de la Real Academia, me contestabas: “Date prisa en redactar la conferencia; cuanto antes mejor, que yo, como dicen en Andalucía: ya estoy “mu vivió”, con tu genial ironía. Sin embargo nunca llegué a considerarte un “viejo enfermo”, ni tuve interés en averiguar tu edad. Aceptaste estoicamente tu enfermedad y no varió un ápice tu dedicación a la Medicina y a la Cultura. La enfermedad se aferró a tu garganta, pero no a tu elegante inteligencia.

Te conocí, nos conocimos, desde mis años mozos (2º de Medicina 1960) como me recordabas certeramente, y ya me admiraba tu enorme interés por todas las facetas del saber. Sin ir más lejos, ese año, acudías puntualmente a las lecciones de Anatomía del Sistema Nervioso que impartía D. Juan José Barcia Goyanes a las 8 de la mañana, sin que te llevara otro afán que el de mejorar los conocimientos anatómicos, que luego reverterías en las clases prácticas de las que eras Profesor ayudante. Compartimos apuntes, tú corregías mis errores, yo los pasaba a máquina y te los enviaba con los dibujos con los que nuestro maestro enriquecía las clases de anatomía. Me quedó grabada una disección del peñasco que realizaste “hands on” como se dice ahora (manos a la obra que diríamos en castellano) que tuviste la gracia y la paciencia de enseñarnos a unos cuantos alumnos de aquella sala de disección “*ubi mors gaudet succurrere vitae*”

No necesito casi leer tu *currículo*, que aún hoy escandalizaría a los fariseos de la ciencia y a los envidiosos de la especialización aséptica. Comprendo la *laudatio* que te hizo mi tío y que me recordabas en la Real Academia. Comenzando por trabajos como el estudio experimental de las cisuras de Schmidt-Lantermann en el nervio periférico, la monografía sobre las Aracnoiditis del Sistema Nervioso, obra irrepetible en su género, en colaboración con mi primo Demetrio, y en la que me cupo la honra de aportar unos dibujos; para ir a parar a obras fundamentales sobre la Depresión, tema en el que triunfaste inesperadamente en un premio, poco menos que pre-adjudicado, de la Diputación de Vizcaya.

No te lamente de no haber podido acceder a una cátedra por haber querido ser algo más que un psiquiatra. Ser catedrático es un título burocrático hoy bastante devaluado, la cátedra se la gana uno día a día y tú ya has sentado cátedra cuando te nombraron presidente de la Sociedad Valenciana de Psiquiatría, (eso no se regala a cualquiera) y cuando has impartido tu saber *gratis et amore* a todos quienes han querido acercarse a tu rica personalidad.

Pocos escritores clásicos te han sido ajenos. Recuerdo ahora, sin esfuerzo, tu estudio de los términos médicos en la obra de Pérez Galdós, y cómo disfrutabas de la música clásica, de la buena música: la Opera. Me viene al recuerdo cuando nos dio, la chaladura de comparar los “Barberos de Sevilla” de Rossini y Paisiello, tu encendida defensa de Mozart en Paraula: “Ave verum”, o cuando leí, pasmado, tu “ensayo- entrevista” con Teresa Berganza, o el estudio acerca de Lucrecia Borgia. El gusto por leer los filósofos presocráticos o las obras psiquiátricas de Pinel, Esquirol, Morel. Con razón perteneces a la Sociedad de Médicos escritores.

Fuiste, eres, además, lo que podríamos llamar un “Caballero cristiano”. Creyente, practicante y derrochador de doctrina en escritos, presencias, peritaciones sobre las causas de los santos. No hacía ni un año desde la muerte de D. Juan José Barcia, cuando el Sr. Arzobispo, hoy cardenal, nuestro Agustín García Gasco tuvo la iluminación del Espíritu Santo para hacer pública la decisión de incoar la Beatificación de nuestro familiar y la de Fray Gelabert Jofré, mercedario, iniciador de la asistencia psiquiátrica institucional, nuestros predecesores. Te faltó tiempo para publicar un jugoso artículo en la prensa sobre estos dos personajes.

Me atrevo ahora a decir que has sido siempre un personaje intimista. Pocas veces se te ha visto en grandes acontecimientos, ni alardeaste de cosa alguna, siendo un devoto de

tu familia y de Conchita, tu mujer, persona sonriente, acogedora, fuerte y amable donde las haya. Tu escritura, que conozco a la perfección, y que ha sido tu gran aliada cuando sobrevino la inoportuna enfermedad, es una escritura perfecta, con caracteres *quasi* de imprenta, con elegantes arabescos para separar los párrafos, la estructuración lógica del contenido....en suma, una escritura que acaso esconde cierto recelo a dejarte conocer de quien no sea íntimo tuyo, pero también escritura diáfana para que sea de fácil lectura, en contraposición con el tópico de la mala letra de los médicos. Perdona esta digresión que no sé si compartes o si la suscribiría Matilde Ras, la maestra de la grafología.

A pesar de este retraimiento o timidez, que fue muy anterior a tu enfermedad, no escatimaste tu presencia en los foros universitarios, colegios mayores o instituciones culturales, para dejar allí improntas magistrales de tu vasta formación, por no hablar de la cantidad de conferencias, escritos, comentarios, prólogos entre los que quiero destacar el que hiciste para la obra que Demetrio dedicó a su padre el Prof. J.J. Barcia, un eslabón más de ese entrañable anillo que, como me comentabas, se cerraba en torno a ti con mi familia y que se culminaba en tu discurso de contestación a mi ingreso en la Real Academia. Y es que tenías razón: eres de la familia.

Quiero terminar esta... carta, más que despedida, reiterando lo que has sido para mí: un maestro en una de las acepciones latinas de la palabra: Magis-tria. Eso es lo que has sido para mí: más de tres veces maestro: en anatomía, psiquiatría y neurología... y en humanidades, aunque ahí me quedo en franca desventaja, no creo que pueda ni acercarme a tu excelsa y fácil palabra, pero tengo en ti un ejemplo a seguir.

Un fuerte abrazo. Adiós Enrique.